



## **Acerca de Fernando, León y otras cosas.**

De Fernando siempre he recibido mucho. Ahora, con la costumbre que no quiere dejar de seguir juntando años, me ha dado la oportunidad de recordar viejos y felices tiempos y he intentado hacerlo yendo lo más lejos posible. *Circa* 1964, como diría Fernando, en un Seminario que realizábamos en la Ciudad Universitaria –en la ya perdida Torre de Ciencias, para ser más preciso– y en el que se trataban temas de Ciencia y otros relacionados con ella, decidimos criticar la enseñanza de la física. Dedicamos a ese asunto dos sesiones. En la primera habló, como era natural, el profesor Juan Manuel Lozano y en la segunda, estoy casi seguro, el alumno Fernando del Río. No he podido recordar qué dijeron aunque puedo asegurar que ambos criticaron todo.

El segundo recuerdo que mencionaré es el de un alumno aplicado –ahora sí estoy seguro que era Fernando– que realizaba su tesis en el Laboratorio de Virgilio Beltrán. Con frecuencia, y casi al filo de la noche, me presentaba a platicar con Virgilio y encontraba, a maestro y discípulo, atentos a un radio que tenían sobre la mesa de laboratorio. Aunque Virgilio varias veces me explicó que esperaban una señal –creo que proveniente de Washington– nunca entendí, ni tuve curiosidad por saber, que pretendían oír. Más no he podido recordar de aquel buen alumno aunque él me ha asegurado que asistió a una de mis clases.

Mi primer recuerdo claro de Fernando es cuando me dio por publicar una revista de divulgación de la física. Para ello entusiasmé a algunos de mis alumnos y ellos hicieron lo mismo con otros compañeros y amigos. Así en el año 1967 invité a Fernando a unirse al proyecto y empezamos una extraordinaria relación de trabajo que propició una gran amistad. En aquellos momentos Fernando acababa de regresar de la Universidad de Berkeley y además de una buena preparación profesional traía un gran entusiasmo por la educación de nuestra gente. Subrayo este punto porque nuestra primera coincidencia fue el reconocimiento de que hacer ciencia en este país era mucho más que dedicarse a producir “papers”.

La revista inició su existencia con el nombre de “Física” y luego extendimos nuestras ambiciones editoriales y la llamamos “Naturaleza”, título bajo el cual circulamos durante más de quince años. Para ello trabajábamos en grupo, ayudándonos unos a otros, cubriendo nuestras deficiencias mutuamente. Fernando fue siempre el mejor escritor y pronto se convirtió en el jefe de redacción. Su ejemplo y su empeño en que escribiéramos bien hizo que nuestra revista fuera de gran calidad. Sobre este asunto conservo muchos recuerdos y mencionaré algunos sólo para esbozar cómo él procedía.

La mayor parte de las contribuciones que recibíamos estaban muy mal escritas y para publicarlas era necesario reescribirlas. Esto lo hacían algunos ayudantes bajo la dirección de Fernando, quien no sólo indicaba lo que había que hacer sino también vigilaba y revisaba el trabajo. A estos colaboradores los llamábamos los “escritores fantasmas”, designábamos a su labor “fantasmear los textos” y para la presentación pública de esta tarea usábamos el eufemismo “corrección de estilo”. Con esto, cuando Fernando se hartaba de ese trabajo nos criticaba por “andar llamando” estilo a la ortografía, a la sintaxis y a

veces hasta al pretendido mensaje. Respecto a éste último, que siempre cuidamos mucho, Fernando siempre nos sorprendía por su habilidad en el uso, y abuso, de la retórica. Sólo añadiré que en muchas ocasiones, en premio a éste esfuerzo, recibíamos airadas protestas de los autores por alterar los contenidos de sus textos y Fernando pronto se especializó en una técnica especial para convencer a nuestros protestantes que lo que decían que decían, no era lo que decían en sus escritos.

El trabajo que Fernando realizó en aquellos días lo llevó a un especie de manía. Cuando se le entregaba un escrito inmediatamente sacaba su pluma y empezaba a corregirlo. No puedo olvidar cuando nos citaron a una reunión que organizó el CONACyT para analizar la labor de las revistas de divulgación de la ciencia que en aquellos momentos circulaban. Al empezar la reunión nos entregaron un folder con documentos preparados para tratar en la reunión. Fernando tomó un lápiz que había enfrente de él y empezó a corregir esos documentos. Algo parecido hacía en los restaurantes con los menús.

Muy importante en estas remembranzas, especialmente por su relación con Fernando, fue la incorporación de León Máximo a nuestro equipo. Nuestro jefe de redacción, que conocía bien y de mucho tiempo a León, lo trajo a colaborar con nosotros. Nunca entendí bien el origen ni la formación de ese buen amigo, aunque muy pronto descubrí su afinidad con Fernando. Era como su *alter ego* y coincidían mucho en sus opiniones, aunque León influía mucho en la forma de opinar de Fernando. Lo importante fue que nuestro jefe de redacción lo convenció que escribiera regularmente en la revista. Así nació la columna “en estos días” en la que León comentaba noticias científicas de importancia y actualidad. Sigo creyendo que esos comentarios eran el resultado de las reflexiones que él y Fernando hacían al revisar la información que reuníamos para preparar cada número de la revista.

Algo que llamó mucho la atención de nuestro público fue que los nombres de los científicos mencionados en esa columna fueran escritos en español. Así León se refería a Enrique Poincaré, a Ricardo Leakey, a Eugenio Wigner, como ejemplos. Menciono este hecho porque estoy seguro que la idea fue de Fernando y que él convenció a León de que así lo hiciera. Pienso también que la experiencia de trabajar en equipo que establecimos en nuestra aventura

editorial puede ejemplificarse muy bien con la forma como trabajaron Fernando y León en aquella época. El final de este capítulo de nuestra experiencia editorial fue como su inicio: un buen día León desapareció de nuestra oficina y desde entonces poco sé de él. Tiempo después Fernando y León reunieron algunos de sus escritos y los publicaron en un libro titulado “Cosas de la Ciencia”. Fernando me dio un ejemplar dedicado por los dos y presumo que es el único que tiene ambas firmas. En esa misma ocasión me contó algo de León, aunque confieso que ya no recuerdo qué me dijo.

Volviendo a nuestra aventura editorial diré que el Consejo de la revista se reunía los martes en la tarde y que terminábamos nuestra labor cenando juntos. El placentero ambiente de esa última fase de nuestro trabajo permitía extender y pulir nuestra política editorial, y muchas de las grandes decisiones en favor de la revista surgieron después de haber seleccionado el platillo fuerte de la cena. No puedo dejar de mencionar que

mientras estábamos en la oficina nunca faltaron las galletas y el café, y que al partir al restorán Fernando siempre se llevaba unas galletas “para el camino”.

Con el paso del tiempo y con los compromisos profesionales que fuimos adquiriendo, los que hacíamos la revista empezamos a separarnos y cuando ya no pudimos seguir publicándola la separación fue definitiva. La experiencia que con tal empresa ganamos reveló muchas cualidades de los que en ella laboramos. Aunque siempre reconocimos en Fernando a un buen escritor, los ejemplos que de esa habilidad dio en sus publicaciones aparecidas en “Naturaleza” profundizaron y depuraron nuestra opinión. Sé que él se ha dedicado a muchas cosas importantes y, quizá, más relevantes que ponerse a escribir. Sin embargo no dejo de lamentar que nos haya privado del privilegio de leerlo. No dudo que alguien me señale que eso sólo sea un problema mío, ya que no leo los “journals” en que él ahora publica, pero es claro que eso no es lo que lamento. Por ello desearía que reapareciera León y que llevara a Fernando a alguna revista como la que pretendimos hacer, para que vuelva a escribir.

Aunque podría seguir haciendo recuerdos de mi cercana relación con Fernando y de nuestros comunes intereses en el conocimiento científico, debo no extenderme más. Me siento muy honrado por haber ocupado un lugar en este merecido homenaje al gran Fernando. Leí estas remembranzas para tener algo material que entregarle en este momento, aunque debo confesar que me he arriesgado a que Fernando saque su pluma y corrija mi texto diciéndome que todavía no aprendo a escribir. Bueno... ¡Felicidades Fernando!

Luis Estrada